

EVOCACION FILIAL

de EÇA DE QUEIROZ^(*)

Por ANTONIO EÇA DE QUEIROZ

FRENTE al vivir literario universal, mi actitud es la de un espectador sumamente interesado, extremadamente curioso... Leo, leo incansablemente; constituyo en mi espíritu un tribunal... que recompensa o condena. Pero es un tribunal íntimo y, pudiéndose mostrar en la conversación, es absolutamente incapaz de esa audacia de exteriorizarse para el público en letra de molde.

No soy, por ende, un crítico; soy un lector de críticos y tal es, en gran parte, la razón de que hoy me encuentre aquí.

Sospecho que en lo interno de ustedes se estén —en vista de este comienzo— formulando una muy razonable pregunta: ¿Para qué vino, entonces, este hombre desde tan lejos, si nada nuevo nos trae que nos abra algún inédito aspecto de la obra y la figura literaria de Eça de Queiroz?

Responderé que vengo a contaros la historia simple de un gran hombre sin historia, a cumplir una misión que era necesaria y a hacer obra de justicia, contestando con el léxico de la verdad —a la que él tanto amó— a cuanto la fantasía y liviandad de críticos-biógrafos arrastró, poco a poco, dentro y fuera de Portugal, hacia

(*) Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 28 de febrero de 1947

sendas tortuosas, en las cuales, los que conocen y admiran la obra del novelista, se encuentran con una figura, en múltiples aspectos, deformada; aspectos absolutamente errados y falsos del gran hombre.

Ahora bien: yo considero que cuando, sea cual fuere la causa, la persona humana de un artista es mal interpretada por quien se dedica al estudio de su obra, este estudio ha sido necesariamente mal orientado, y la apreciación de la obra y arte del artista no puede, por tanto, dejar de ser presentada según fórmulas inseguras y defectuosas.

El anverso de mi consideración también es para mí exacto; esto es, quien comprendió mal la obra, difícilmente podrá comprender al hombre.

En Portugal nació, vive y medra una hueste crítico-biógrafa de Eça de Queiroz. La componen gentes de todos los matices, de todas las secciones del arte, de todas las políticas, de todas las profesiones; y muchos, con honrosas excepciones, hicieron sufrir al gran escritor severas torturas, intentando un análisis de la obra a través de lo que juzgaron era su persona humana, y creando su personalidad humana a través de las formas, más o menos acertadas, con que interpretaron la obra.

A esos críticos-biógrafos deben ustedes mi presencia en esta sala.

Sin embargo, antes de proseguir, ruego a todos que no pierdan de vista un hecho importante: que soy hijo de Eça de Queiroz. Esto les dará una idea de las intenciones de esta conferencia y les explicará los motivos que me alejarán de juzgar, de interpretar ante ustedes —y a mi manera— la obra de mi padre. Simultáneamente les hará comprender y perdonar la «acidez», tal vez exagerada, que puedan transparentar mis palabras contra aquellos que, por otra parte, no enumeraré, y que han tenido el «provechoso cuidado» de embromar a los innumerables lectores de Eça de Queiroz, pintándole según fué su deseo y no como en realidad fué.

Lo más curioso es que estos hombres, en la mayor parte de los casos, poseían una absoluta buena fe en su admiración y entusias-

mo por la obra queirosiana; pero, queriendo a la fuerza presentar un «hombre», hicieron esta cosa singular: inventarlo.

Escribió mi padre *El crimen del Padre Amaro* y la *Reliquia*, y luego lo expusieron a los ojos del mundo como rudamente ateo, decididamente agnóstico, devoradoramente anticlerical.

Escribió *Los Mayas*, *El primo Basilio* y *Correspondencia de Fradique Mendes*, y entonces pasó a ser anotado como elegantemente cínico, contemplando todas las alegrías humanas a través de un monóculo, símbolo de sarcasmo genial, de crítica venenosa y hasta de corrupción...

Escribió *La capital*, *El Conde de Abranhos* y *Una campaña alegre*, y entonces se adentraron ingenuamente en los dominios de lo absurdo. ¿Cómo? Lo cierto es que en esas obras, como sucede, además, en toda la obra del escritor, la política constitucional portuguesa, el confuso republicanismismo de la época y toda la vieja política, a la que por ahí hoy se llama —en una lamentable incompreensión de los términos— democrático-liberal, fué tejida sin piedad, y sus hombres y adeptos duramente puestos en la picota. Pero los críticos-biógrafos resolvieron, es decir, vieron a través de extraños cristales, y el autor de esos libros fué izado hasta los altares de libertades mal comprendidas y falsas democracias como un paladín y casi un precursor.

Finalmente, como escribió *La ilustre casa de Ramires*, *La ciudad y las sierras* y *Las vidas de santos*, sufrió la condescendiente o ácida acusación de «desertor» de las santas causas... Para ellos envejeció, enfermó; la influencia de su mujer, una aristócrata llena de prejuicios religiosos, torció antiguas intenciones, viejos sueños revolucionarios, y el gran Eça de Queiroz esclavizaba su talento, abandonando la lucha en pro de la humanidad que sufre, en beneficio de un arte, sublime, sin duda, en su forma, pero mezquino y sin sentido útil...

De tal forma anda, a merced de la fantasía e ideales de cada cual, la interpretación de la vida de los grandes hombres.

Y que nadie me diga que, hablando de esta forma, yo sigo, a mi vez, un camino idéntico al seguido por aquellos a quienes cri-

tico. No, no es cierto. Y tanto condenó las lucubraciones del biógrafo liberalón o rojo, que hace de Eça de Queiroz un pionero de izquierdismos, como al ultracatólico que le señala como monstruo de ateísmo y de anticlericalismo, y al nacionalista exaltado que lo declara padre espiritual de todos los fascismos.

Yo condeno a todos aquellos que, por mala cosecha de informaciones, que por fútil espíritu de notoriedad o por irreprimible faccionismo, construyen imágenes falsas del gran y noble hombre que fué mi padre.

Y véase cuánta razón me asiste en esta justa batalla contra la falta de probidad: *Nunca* la casi totalidad de los críticos-biógrafos de mi padre se tomó el cuidado elemental de beber, en la única fuente limpia, la verdad acerca de la figura que pretendieron describir; esa fuente era, naturalmente, la familia, y hoy, los hijos de Eça de Queiroz, únicos detentores de la memoria viva del hombre y de toda su proyección íntima.

No puedo por menos de citar aquí un elocuentísimo ejemplo de estas revelaciones, que seguramente les habrán causado profunda sorpresa.

Recientemente, un conocido crítico literario portugués, hombre con público y, por tanto, hombre con responsabilidad, publicó un «importantísimo» trabajo sobre Eça de Queiroz—más de 700 páginas atiborradas de copiosa información—; es, indiscutiblemente, la obra *más voluminosa* escrita sobre el asunto, y tanto pretende ser un estudio crítico, cual sea estudio biográfico. Como guía cronológica de la existencia material de Eça de Queiroz, es ciertamente un trabajo interesante: los gestos y hechos principales del escritor son seguidos paso a paso; el índice y la sección bibliográfica son preciosos, y si tienen diversos errores, piérdense en la casi certeza cronométrica del todo. No discutiré la opinión crítica del autor—no estoy de acuerdo con ella—; mas tal vez yo esté equivocado y el crítico no lo esté. Como biografía, como estudio del hombre, de su

alma, de su pensamiento, de su estética moral, de su modo de ser íntimo, es un monumento deplorable de ignorancia e incompreensión.

El autor, en los comienzos de su elefantino trabajo, agradece a una infinidad de personas el auxilio que le prestaron; por mi parte ignoro hasta qué punto este auxilio puede serle útil; pero lo cierto es que entre esos nombres no se encuentran los de los hijos de Eça de Queiroz, y ni siquiera los de los editores-propietarios de la antigua Casa Lello, que tanto y tan ventajosamente pudieron, si quisieran, haber auxiliado al crítico; los únicos, en suma, que le podían haber proporcionado la materia preciosa con que escribir una obra acertada, y no únicamente la más voluminosa de las guías de la vida del novelista.

Ahora bien: todo este lento trabajo de los críticos-biógrafos fué por tortuosos caminos de ceguera, atrevimiento o fantasía, creando para la posteridad una figura sin vigencia. Y tanto aquí como en España, Brasil o América española, esta figura deformada amenaza ser aceptada como buena. Es tiempo de que alguien interviniese en socorro de la verdad en memoria de un gran artista.

Nadie con mayores derechos que yo lo podría hacer.

Vengo, por tanto, a cumplir un deber necesario y para mí sagrado: presentar al mundo aludido una imagen posiblemente incompleta, pero sana y verdadera, de Eça de Queiroz, simple hombre entre los hombres, a pesar de Gran Hombre en justa y oportuna contradicción al «maniquí» de elegancia cínica, de superioridad desdeñosa, de intenciones y talento destructores, de extranjerismos impenitentes, de snobismos inferiores, de mercantilismo un poco sórdido, de derrotismo antipatriótico; imagen completamente falsa, dibujada por investigadores incompetentes, psicólogos de café, consejeros Acacios y Pachecos vengativos de una de las más bellas figuras morales que jamás hayan ennoblecido la galería de hombres ilustres de una nación.

En las letras portuguesas, Eça de Queiroz, durante ochenta años —poco menos de un siglo— encantó e influenció tres generaciones. Revolucionó, arregló, simplificó y embelleció la lengua portuguesa.

De la profunda influencia que representó para esas generaciones, casi no vale la pena de hablar; pero fué extraordinaria y aún perdura, y quien se dedique al estudio de las literaturas portuguesa y brasileña en el postqueirosismo, reconocerá, sin duda, la importancia de esa influencia.

Creo que no andaré lejos de la verdad si me arriesgase a decir que la mágica de su escuela pasó las fronteras que nos dividen, y que la moderna literatura española fué en algunos casos, tal vez en muchos, influenciada por el prodigioso arte del novelista portugués.

Y por eso Pérez Lugín, siempre por boca del estudiante Casimiro Barcala, exclama, cuando sus camaradas le responden que es portugués Eça de Queiroz:

—¿Portugués? ¿Qué sabes tú? Gallego y bien gallego. Gallego por su virilidad, gallego por su ternura, gallegos sus personajes, gallega su ironía, gallego su amor a la tierra... Es nuestro gran novelista, la tercera persona de la trinidad galaica: Rosalía, Curros, Eça de Queiroz. Yo bebo a su gloria, que es nuestra. ¡Brindad conmigo, gallegos!

Por eso Carmen de Burgos pudo escribir en su prólogo para una traducción de González Blanco de las *Cartas de Inglaterra*:

«Una de las admiraciones que subsisten cuando llega la época en que se empieza a dejar de admirar es la que inspira Eça de Queiroz.»

Por eso—y cito ejemplos al azar—leí en un prólogo de Enrique Segura a una vida de Eça de Queiroz: «En nuestros entusiasmos juveniles, nos hubiera gustado ser el propio Eça de Queiroz, aquel «vencido de la vida» que aparecía ante mis ilusiones de escritor con la grandeza de un héroe legendario, tal vez como el mismísimo Don Quijote de la Mancha, sin mancha alguna, aureolado por su gloria...»

Por eso he leído con emoción la dedicatoria de Juan Sampelayo «a las gentes queirosianas».

Y yo pienso que todos los portugueses se enorgullecen de esta hispanización, de esta apropiación de Eça de Queiroz; y creo también que ningún español se ofendió y se sintió disminuido por esa

inclusión extranjera en el soberbio patrimonio literario de España.

Existe hoy una admirable, inteligente y sencillísima fraternidad hispano-portuguesa. Las dos naciones se comprenden, estiman y respetan profundamente. Y con absoluta convicción e infinito orgullo afirmo que considero a mi padre como un elemento extremadamente activo y sólido de esa comprensión, estima y respeto.

Eça de Queiroz murió en París hace cuarenta y siete años, dejando a su país, a España, al inmenso Brasil y a todas las naciones de la América española una obra que no pierde actualidad.

La verdad indiscutible continúa siendo que lo leemos, discutimos y amamos hoy tal vez mucho más que ayer; pero es que fué un tan sugestivo Maestro, que lo vemos en todo instante citado, glosado, tomado como ejemplo, y tan universalmente interpretado por conveniencias rivales, que es constantemente disputado con ferocidad por facciones antagónicas. Pero también es así porque merced a su extraordinaria humanidad, y a pesar de una obra en que tantos y a tantas cosas aporreo o ridiculizó, consiguió, no sólo la aquiescencia y aplauso de centenas de millares de lectores, sino también la gratitud y devoción de millares de amigos.

Compréndese, pues, con realidad, que en Portugal, Brasil y en el espíritu de todos los que lo han leído por ese mundo avante, él siga siempre bien presente; así sucede porque no sólo fué nuestro escritor preferido, sino nuestro gran, gran amigo.

Amigo lleno de bondadosa ironía para los pequeños errores de los hombres, de feroz ironía y dureza para los grandes ridículos y las grandes maldades; de una visión sorprendente, de un arte tan creador, que nos dotó de una galería de tipos de todos los formatos, físicos y morales, que por todas partes nos acompañan fidelísimamente; a los que conocemos con intimidad, a quienes apretamos la mano, a los que amamos o admiramos, de quienes reímos, huímos o nos defendemos. Alfonso Maya, Juan Egea, María Eduarda, La Luisa, Juliana, Steinbroken, o Alencar, Jacinto y tantos más. Dió vida inmortal a todos ellos, y con ellos nos cruzamos todos los días por calles, salas, cafés, ministerios, y cuando los encontramos hay

dentro de nosotros como un vivo resplandor, que nos recuerda a Eça de Queiroz, al creador.

Así se comprende esta continua y perpetua presencia entre nosotros del gran novelista... Así se comprende que nosotros, los vivos, no lo dejemos morir.

Tuve al empezar el cuidado de declarar mis cualidades negativas de crítico, y no voy, por ello—cual sucedió a tantos—, a tomar una actitud ante su obra.

En verdad, yo no podría alabar, criticar o interpretar, como tantos hicieron, hacen y harán, con más o menos brillo, más o menos acierto. Nunca me encontraría a gusto en ese papel, ya que, por más sincero que fuese y más imparcial que procurase ser, ni ustedes ni yo podríamos olvidar que soy hijo del novelista.

Existen, a pesar de todo, puntos donde creo poder aventurar mi opinión para poner en su lugar con equilibrio y lógica la figura de mi padre.

Según la conveniencia de cada uno, Eça de Queiroz ha sido presentado, por un lado, como ateo, adversario de la Iglesia, devorador de sacerdotes, revolucionario, flagelador de reyes, paladín de libertades democráticas—tomado en el falso sentido de la expresión—, y por otro lado es presentado por unos como un renegado y por otros como un ejemplo de bondad y de fe, de corteses maneras y de respeto por todas las jerarquías, híbrido producto de derecho material y de izquierda mental.

El «drama» de Eça de Queiroz, la «tortura» de Eça de Queiroz, los problemas, los complejos y desilusiones de Eça de Queiroz..., todo esto son juegos malabares de biógrafos en busca de asuntos.

El drama de Eça de Queiroz fué enfermar y morir joven todavía, en plena gloria y vigor literario, cuando aún tenía delante de sí quince años largos de triunfo y de añadir tesoros al tesoro que nos dejó. Y el drama fué mucho más el nuestro que el de él. El murió; nosotros lo perdimos.

Hace casi medio siglo que Eça de Queiroz nos dejó para siempre.

Tuvo veinte, treinta, cincuenta años.

En la alegre época de los veinte era un muchacho exuberante,

muy revolucionario de palabra, muy poco de acción, infinitamente sarcástico y genialmente iconoclasta, dentro de un admirable equilibrio literario y moral. De esa época es, por ejemplo, el terrible *Crimen del Padre Amaro*, que sólo una mala fe, un fanatismo ciego o una incomprensión beocia y obtusa pueden considerar atentatoria a una Iglesia que respetaba, a una Fe que nunca le faltó. El mal clero inmoral, politiquero y sin cultura, que es el peor enemigo de la Iglesia y de la Fe, fué allí flagelado sin piedad, y tengo la convicción de que el autor, con esa obra, creó una atmósfera que facilitó a la Iglesia en Portugal el punto de partida para el gran movimiento y reformas que dieron por resultado en tenernos hoy un clero de otro nivel y de más esclarecida y firme vocación.

En el período más ponderado de los treinta, el escritor se hace lógicamente menos acometedor en la dureza, menos intransigente, mientras se alarga su bondad. De esa época datan obras entre las cuales distingo el *Primo Basilio*, que puede, en verdad, afligir ciertos espíritus, rozar ciertas sensibilidades por el vigor de su realismo, pero que es el más severo aviso, la más saludable prevención contra la flaqueza humana y la maldad de los hombres.

En el período tranquilo de los cincuenta, con infinita ternura y bondad, rodeado por el amor de los suyos, escribía, en su linda casa de Neully, la maravillosa alegría de *La Ciudad y las Sierras*, y con alma de cincelador, las prodigiosas *Vidas de Santos*.

En estos fecundos treinta años, Eça de Queiroz escribió para legar a su país y al mundo una obra de agreste enseñanza, de saludable crítica, envuelta en una insuperable gracia y belleza. Arrancó a los portugueses de un mediocre marasmo intelectual, sacudiendo, azotando, los tartufismos, miserias morales, cretinismos ridículos, patriotismos adormecidos; da una forma nueva, más clara, más sutil y brillante, a la lengua portuguesa, toda pegajosa de romanticismo, y durante esa magnífica existencia literaria, ni en su obra, ni en su vida modelo, dió un único ejemplo o defendió alguna teoría que pudiese pervertir a quienquiera que fuese.

Contra la singular y absurda tendencia de muchos y contradictorios «inventores» de Eça de Queiroz, que lo señalan—unos con

piadoso terror, otros con infinita delicia—como «peligroso» para la sociedad existente, corrompiéndola con la elegancia de su cinismo y su amoralidad. Peligro para la Iglesia y para la Fe, minándolas con su doctrina anticristiana; peligro para su patria, gracias a sus tendencias internacionalistas y anarquizantes, se yerguen el más simple buen sentido, la lectura de su obra, los ejemplos constantes de su vida y, finalmente, sus hijos.

Es ciertamente divertido pensar en la «anomalía hereditaria» que se dió en la familia del escritor. Ese monstruo perverso, ateo, anárquico, demoleedor de reyes y sacerdotes, deja viuda y desolada a su mujer con cuatro hijos. Si estuviese vivo, tendría rodeándole y alegrando su vejez seis nietos; pues todos ellos vivieron y viven en la más absoluta devoción y respeto por la memoria de tan terrible hombre; fueron todos educados religiosamente; son todos católicos, frequentadores de los Santos Sacramentos, patriotas y nacionalistas intransigentes, y dos de los mayores, mi hermano José María y yo, luchamos siempre con las armas en las manos por causas que tendían para la grandeza de Portugal, dentro de un orden moral y material que considerábamos—y hoy, con el admirable Gobierno de Salazar, más que nunca considero—el mejor para mi patria.

Y no me resisto a la tentación de citar un trozo de una carta de mi padre al gran historiador y político Oliveira Martins en un momento penoso y de grave crisis del Poder en Portugal.

Fecha da el 7 de octubre de 1890, dice:

«En cuanto a la causa pública, ¿qué te he de decir? No comprendo nada de lo que está pasando. El conocimiento que ahí adquirí en la primavera de los sucesos políticos no basta para explicarme la anarquía actual. Deben existir factores nuevos, nuevos elementos de descomposición que se me escapan. En todo caso, no veo sino una solución sencilla: una tiranía. Es necesario un sable, teniendo al lado un pensamiento. Tú eres capaz de ser el hombre que piensa; ¿pero dónde estará el hombre que acuchille? En nuestras antiguas charlas hablamos muchas veces del Rey. Pero ¿él es un hombre? ¿O es simplemente un cetro? La situación me parece crítica. No creo que haya Ministerio capaz de salvarla...»

Podemos sonreír al pensar la cara que pondrán nuestros demagogos peninsulares, rojos y semirrojos, cuando lean esta resuelta apología del enlace de la fuerza y la inteligencia, de la espada y el pensamiento, para la salvación de la patria, tal como lo hicimos en Portugal, tal como vosotros lo hicisteis en España, «cara al sol», entre torrentes de sangre y gloria insuperable.

Lo que se ha escrito y dicho sobre la obra de Eça de Queiroz es inagotable. Fué comentada, apreciada y juzgada hasta lo inverosímil en el detalle.

Lo que se ha escrito y dicho acerca de Eça de Queiroz, hombre, la forma como ha sido descrito, pintado, presentado, no alcanza altura semejante...

En este punto se escribió y habló con mucho menor brillo y mucho menos acierto.

Salvando excepciones, algunas de las cuales admirables, Eça de Queiroz, niño, estudiante, hombre de letras, de mundo y de familia, fué mal comprendido y demasiadas veces presentado en folletos, conferencias, estudios, biografías, de una forma ingrata, completamente falsa, hija de una poca honesta fantasía, o, como ya he dicho, caso más grave, de especulación política.

Gracias a estas discutibles maneras de interpretar a grandes hombres, hay una inmensa cantidad de personas que poseen de la vida íntima, de la vida particular y cotidiana de mi padre una idea extravagante.

Algunos lo idealizan, superdandy, supercivilizado, de monóculo irónico y agresivo, sarcásticamente cínico, superlativamente amoral, muy desligado de la patria, colocando al arte por encima de la moral, mezclándose en la vida intensa de las grandes ciudades, frecuentando las redacciones célebres, alternando con la aristocracia internacional de las letras, de las finanzas, de la política y de la sangre.

Otros lo dibujan, en manera divertidamente contradictoria, con lápices más groseros, en que el novelista aparece enfatuado por complejos de inferioridad, crasamente supersticioso, ridículamente «snob», ferozmente iconoclasta, viviendo ensobinado en una agria

mediocridad y de apariencia tan escuálida, que nos da la impresión de estar siempre dispuesto a entrar en la agonía.

También este falso Eça coloca su arte por encima de la moral, y sus «caricaturistas» no dudan en ponerlo, por su cuenta y riesgo, al servicio de los ideales políticos que defienden y procuran imponernos.

La verdad es completamente distinta: Eça de Queiroz, artista incomparable, nunca se dejó seducir por el «slogan» exclusivista «del arte por el arte»; escribió poniéndole valientemente, cruelmente mil veces, al exigente servicio de una moral sana, sirviéndose de ella como de un arma terrible contra los errores, los vicios, las ridiculeces, las exageraciones en todos los campos y en todas las esferas sociales.

Aquellos que con tan equívocos pinceles pintaron a Eça de Queiroz pretenden admirarlo sin reserva, y parecen no comprender, a pesar de todo, que haya podido vivir una vida de gran elegancia moral y material.

También parecen no comprender que el hombre que escribió *Los Mayas*, *La reliquia*, *El primo Basilio*, *El crimen del Padre Amaro*, *El mandarín*, que creó Fradique, Juan Ega, y los Acacios, Pachecos, Dámasos y Palmas Cavallo, que fustigó sin piedad y eternizó por el ridículo todas las torpezas, debilidades, deficiencias, cobardías y vicios de la vida senil, empolvada, perezosa y beata del Portugal de su tiempo, fuese, en su vida íntima, un marido, un padre, un jefe de familia de la dedicación más extraordinaria, de una inigualable cortesía, de una generosidad, bondad y caridad que en repetidas ocasiones —cual de sobra sabemos— lo pusieron en dificultades económicas.

Lo que es más curioso, lo más digno de dura objeción, es que algunos de estos trabajadores «de Eça de Queiroz» parecen poseer el propósito de vulgarizar al creador de Fradique Mendes. No gustan de verle emparentar por casamiento con la noble casa de los Castros, o besando la mano a la Reina de Portugal, o visitando fraternalmente a los grandes señores y señoras de su intimidad. Reprueban sus trajes cortados por Poo, la crema de sus botas que le

venían en frascos de Londres. Les aflige que se casara religiosamente, que educase a sus hijos en colegios y conventos de religiosos y que muriese teniendo un sacerdote a su cabecera. Hasta no aprueban que viviese con fortuna y con medios suficientes, como vivió, sin grandes lujos, pero con elegancia y comodidades.

¿Cuál será la idea que guía estos cerebros? ¿Qué interés tendrán en procurar, infantilmente, arrancar a Eça de Queiroz del medio en que vivió? ¿Qué importancia tendrá que naciese de la plebe o de la aristocracia? ¿Qué ventajas aportará a los lectores del novelista el que anduviese bien o mal vestido? ¿Quién se lucrará en saber si era o no un «snob», un torturado, un infeliz supersticioso? Haber sido esto o aquello no modifica ni en una coma, ni en una sola intención, todo lo que escribió.

El crimen del Padre Amaro y *La reliquia*, *Fradique Mendes* y *El mandarín*, *La ilustre casa de Ramires*, *La ciudad y las sierras* y las *Vidas de Santos* son obras de intenciones indiscutiblemente distintas. ¿Quién las escribió? ¿Tres escritores diferentes? ¿Un ironista, materialista, antidogmático? ¿Un agradable cínico de aguda fantasía? ¿Un amante de la tierra, lleno de bondad y con horror a las grandes ciudades extranjeras? ¿Un santo?... No. Sólo Eça de Queiroz, un poco de todo esto, según el humor del momento y las necesidades del tema a que, en un eterno encanto de artista, se dedicara.

Lo que es indiscutible es que en ese demagogo esfuerzo de echar a Eça de Queiroz hacia abajo, o, como ya dije, vulgarizarlo, hay una singular servidumbre al dios de la época, al «Demos», como si para presentar sus credenciales literarias a las masas populares sea de alguna utilidad el ser mal nacido, rudo, mal vestido y profesar ideas avanzadas. Yo creo que basta con haber escrito libros admirables. Si son, en verdad, admirables, el autor, a mi parecer, puede, indiferentemente, haber nacido Archiduque de Austria o de un matrimonio de traperos; de cualquier modo él recibirá los aplausos del público, de todo el público, popular, burgués, aristocrático.

Pese a quien intentó, y casi consiguió, desprestigiar la figura del novelista, mi padre fué un gran señor en las letras y en el mundo,

afable, acogedor, de una extraordinaria y alegre vivacidad, alma de todo coloquio entre conversadores; seguro de sí y, sin ridículas jactancias, seguro de sus cualidades; el más elegante, el más civilizado (en la más pura acepción de la palabra), el más completo hombre de letras y artista de su época, y tanto en Portugal como en Brasil, honrado y aclamado casi como un semidiós.

No era, en verdad, un católico ostensivamente practicante; pero recuerdo perfectamente estar viéndole, a mi lado, en las ceremonias de la iglesia en el Colegio de Saint Croix o en el Convento de las Dames Agustines Anglaises, donde mis hermanos y mi hermana se educaban. Tenía, como todo hombre que se respeta, el respeto por la cuestión religiosa, y no llevaba con paciencia las manifestaciones y petulancias de ateos y agnósticos.

Se unió a una gran y noble familia casándose con doña Emilia de Castro, hija de los Condes de Rezende.

Ese casamiento fué la más bella, más serena y limpia página de amor, de respeto y afecto que se pueda imaginar, y ya que a eso fuimos obligados, por la incomprensión y rudeza de los hombres, no tardaremos, para su eterna confusión, en demostrarlo incuestionablemente, publicando la maravillosa lección moral que se encierra en la correspondencia cruzada entre mi madre y mi padre durante el noviazgo y los catorce años de matrimonio.

Era un hombre de la más innata sencillez; sabía hacerse adorar por todos los humildes, criados, caseros o artesanos, y ninguna miseria jamás tocó a su puerta sin ser de algún modo socorrida.

No creo haya existido hombre tan poco pagado de sí mismo. Yo no sé lo que de sí propio pensaría y en cuánto se valoraba; pero es lícito suponer que conocía perfectamente su valor, la calidad de su genio y cuanto su nombre y su obra pesaban en la opinión de portugueses y brasileños.

Alcanzó en vida una celebridad deslumbradora. Las generaciones universitarias de 1870 a 1900 lo elevaron a rango casi divino. El admirable libro de Alberto de Oliveiera, fino escritor, poeta y diplomático, que quiso mucho a mi padre, da bien la medida de esa casi divinización. Pero, fuese lo que fuese su conciencia, tuvo siempre el

infinito y raro buen gusto de no exteriorizar nunca lo que pensaba de sí mismo y de ser, en su existencia y relaciones de amistad y en su casa, entre los suyos, de la más natural, de la más simple sencillez.

Ilustre, hombre de genio, novelista célebre, artífice del pensamiento de una juventud que se formó leyéndole, discutiéndole, glosándole y citándolo, como al Evangelio, su celebridad era, para nosotros, sus hijos, en Neully, pura letra muerta. De tal manera, que, tal vez un año antes de su muerte, mi hermana, que debería tener unos trece años, y que vivía en el deslumbramiento de sus autores preferidos, llena de entusiasmo, exclamó un día, interrumpiendo con «un grito del alma» a aquellos que hablaban con mi padre, y que rieron mucho al oírla :

— ¡Ay, cómo me gustaría ser hija de un hombre célebre!...

Y, a mayor abundamiento, fué sólo en Lisboa, y a la vista de los preparativos de la ciudad para su entierro, cuando mi hermano Alberto y yo comenzamos a darnos cuenta de que nuestro padre era alguien importante en Portugal.

¿Modestia? No creo. El no tenía por qué ser modesto. Elegancia natural, educación, hidalguía intelectual, buen gusto, infinito buen gusto y nada más.

Sólo habla constantemente de antepasados aquel que nunca los tuvo, o que si los tuvo, están en tela de duda.

Yo era un crío el 16 de agosto de 1900.

Habíamos acudido a Neully, llamados telegráficamente de Paris-Plage, en el Norte de Francia, donde nos encontrábamos en vacaciones mi hermana María, mi hermano Alberto y yo..., y ya no hallamos vivo a nuestro padre. Hay imágenes que se graban para siempre en la memoria, y yo era un crío, pero no olvido aquella tarde, y veo, como si la tuviese delante ahora mismo, el cuarto, mi madre arrodillada, prosternada junto a la cama y la figura serena, inmóvil para siempre, de mi padre.

Nos adoraba. Teníamos por él, por lo menos los tres muchachos, más amor que respeto, porque lo conocíamos y abusábamos de su

gran bondad, de su infinita y divertida tolerancia para con nosotros..., y nosotros éramos tres fieras.

Eramos muy pequeños, pero fué un tremendo disgusto: sentíamos que alguna cosa se desmoronaba, pero comprendíamos mal.

Mi hermana, que era la mayor, comprendía desoladamente la irreparable pérdida que sufríamos, y su desolación se agravaba más por su comprensión.

A pesar de ser tan pequeño, lo veo perfectamente; recuerdo los gestos, el tono de voz, la eterna vivacidad de palabra y movimiento; sus trajes, sus corbatas de esponjosa seda, sus magníficos bastones. Me parecía muy alto, y su monóculo me impresionaba.

Se divertía mucho con nosotros, nos permitía grandes libertades, y cuando nos daba algún juguete ingenioso, su curiosidad era tan grande como la nuestra.

Cuántas veces, al salir, lo acompañábamos, corriendo, hasta los escalones del portal: le veo descendiendo la escalinata de piedra, toda envuelta en hiedra, que descendía por un jardín, cantando con una voz ronca y desafinada: «Malbrouk s'en va t'en guerre» o «Mon papa c'tais un lapin», mientras bullíamos y reíamos a su alrededor.

Y sobre la gran alfombra de hierba, en el centro del jardín, con el fino escritor brasileño Eduardo Prado, tirando las azagallas que éste le trajo del Brasil, contra un árbol querido, «Le gros arbré».

También le veo en el campo, en Forest, en una casa que teníamos para las vacaciones, con un gran jardín lleno de flores, a mi lado, y yo, encantado, habiendo enterrado sobre los caracoles —yo tenía caracoles en esa época— uno de sus sombreros, un fieltro muy blanco que yo deseaba, y ambos, llenos de curiosidad, reteniendo el aliento, espíamos por sobre un macizo los juegos de un revuelo de pájaros en un campo cercano.

Vuelvo a verlo en el jardín de las Tullerías, o del Luxemburgo, interesadísimo, no menos interesado que yo, asomado a la orilla de un lago, ayudándome a poner en marcha y navegar un estupendo barco mecánico que acababa de comprarme, y también, más admirado que yo, tal vez entre una multitud atónita, divertida y casi incrédula, asistiendo, en el Bulevar de los Italianos —si mal no re-

cuerto—, a una de las primeras demostraciones públicas de cine.

Su cuarto de trabajo estaba cerca de nuestro cuarto de juegos, y el fragor de nuestras luchas y fraternales alborotos debe haber interrumpido muchas veces el admirable fluir de las ideas sobre muchas de sus páginas más bellas.

Pero jugábamos y peleábamos libremente. Nuestro padre nunca regañaba en serio, nunca se impacientaba. Casi no es explicable, que yo me acuerde, que nunca le viese de mal humor. Nuestra casa era una casa donde no recuerdo ver un gesto violento de enfado, oír la acritud de una discusión o una palabra áspera.

No le veíamos continuamente. Su vida era extremadamente laboriosa fuera, en el Consulado y en casa, porque durante largas horas lo ocupaba su admirable y constante trabajo, y porque tenía a su mujer y el solaz de sus amigos. Mi madre, a su lado, era como un hada, buena, alegre y deslumbrante.

Su gabinete era zona de alto relieve y motivo de ansia y alegría. Ejecutábamos proezas y empleábamos mil ardidés para entrar allí. Era un poco sombrío, con cortinas espesas y severas, detrás de las cuales nos escondíamos; lleno de libros, estantes y más estantes cargados de volúmenes de todos los formatos, entre los cuales se encontraban algunos enormes, ricamente encuadernados y llenos de estampas, que eran nuestro constante deleite; cuadros y grabados por las paredes, una gran mesa con carpetas, un tintero de cobre, pesados libros y papeles a un lado; el alto banco de trabajo, donde el escritor, muchas veces, escribía de pie, rodeado de manuscritos de anchas y deliciosas hojas de papel blanco, de objetos que considerábamos preciosos; el pesado tintero de cristal, los ceniceros, unos perritos, unos pájaros, un gato de bronce y otro especial que tenía el dorso erizado de sedas y era un limpiaplumas. Y recuerdo ciertas tardes de invierno. Fuera, la nieve caía lenta y muda sobre la blancura del jardín; en el escritorio, la lumbre hacía bailar las sombras y daba a todo tonalidades calientes y rojizas, y mi padre nos abría la puerta. Eran momentos de fiesta: nos dejaba revolver lo que queríamos, y se divertía con nosotros. Dibujábamos muñecos en las grandes hojas de papel, hacíamos mil preguntas, y a veces él

abría algún grueso volumen y, rodeado por sus cuatro hijos, embelesados, explicaba las estampas, y cada explicación era una historia magnífica.

El cosmopolitismo de que a veces lo acusaron fué siempre inexistente; forma parte de la eterna fantasía, mal informada, de los biógrafos de Eça de Queiroz. Tal vez sea necesario perdonarlos; comprendo que lo trataran con un cierto rencor: Eça de Queiroz, el creador de Fradique, de Juan de Ega, de Jacinto, no facilitó la tarea de sus biógrafos —este hombre de genio es un hombre sin historia—; no tuvo, como Byron, o Wilde, o D'Annunzio, una existencia extravagante y de alto bordo que hiciese la fortuna de sus historiadores. Tan grande como ellos, o mayor y más completo como escritor y como artista, les fué seriamente inferior en cuanto a desorden de vida, locura y fantasía.

Era un hombre de vida interior y de familia. Las casas en que vivió en Inglaterra y en París eran pedazos de Portugal, incluso diré que, tan celosamente defendidas de intromisiones extranjeras, eran tozudos reductos portugueses.

Dentro de las paredes familiares de la casa de Neully se creó un mundo admirable de alta elegancia moral; un mundo que se bastaba a sí propio, que no necesitaba el espíritu y el verbo extranjero, que no precisaba salir para encontrar distracción, y que hablaba, que vivía, que pensaba en portugués.

Los resultados de este portuguesismo integral, de este nacionalismo que huye de mezclas, que se niega a ser ídolo, que abomina la hipocresía, todos los snobismos y las frases hechas con que se pintan los faustos de los grandes internacionalismos, se transparenta fragante, sano y limpio en la larga obra del escritor, en que, aparte de las páginas de *La ciudad y las sierras*, donde la vida de París sólo es dibujada para poder respirar mejor y más deliciosamente al subir la ruda cuesta de la sierra que lleva a Tormes y a la felicidad, toda la obra de Eça de Queiroz vive, ríe o sufre en Lisboa y en la provincia portuguesa.

Su amor, su ternura, su constante recuerdo de Portugal, llenó de punta a punta sus libros, incluso en las páginas que ataca, ironiza,

anota los errores y los ridículos portugueses que lo irritaban, lo vejaban y entristecían, precisamente por el hecho de que eran portugueses.

Gran pérdida para Portugal fué su muerte —murió en el apogeo de su gloria, en plena fuerza de su talento—, y seguramente el genio que en él vivía hubiese todavía prestado grandes y nobles obras a su patria y tal vez más, mucho más, que a su patria.

Y no quiero terminar sin decirlos su amor, su admiración por España y cómo, por encima de todas las demás historias con que de pequeño nos encantaba, él nos contaba, hojeando los grandes tomos de un *Don Quijote de la Mancha*, soberbiamente ilustrado, las nobles y fuertes virtudes de la tierra española, de esta tierra magnífica, de grandes artistas, héroes y santos. A lo largo de su obra sentimos muchas veces esa admiración. En *Los ecos de París*, por ejemplo, entona un himno a la bravura y al heroísmo español.

El español es heroicamente bravo... ; pero en donde se muestra único es el desprendimiento con que sacrifica todos los intereses, así que se trate de la honra de España o bien de lo que él piensa momentáneamente ser la hora de España. Aquí, invariablemente, reaparece el sublime Don Quijote.

Y actúa tanto o más heroicamente, ya que al español no le faltan raciocinio, prudencia, y un claro sentido de la realidad, y el amor hacia sus patrimonios, y hasta un cierto y cachazudo egoísmo —como superlativamente lo afirma Sancho Panza—. Pero conociendo y sopesando bien lo que va a perder, se encamina a ello jovialmente y todo lo pierde con entusiasmo porque se trata de su Patria.

Cuando don Antonio Cánovas cayó muerto de un tiro, en el hotel de Santa Agueda, abatido por la bala de un anarquista, «que llegara desde las profundidades del destino envuelto en una gabardina clara, con su hoz dentro de la maleta de lona», mi padre, impresionadísimo, escribió en una carta a mi madre, fechada en Plombières el 13 de agosto de 1897: «En efecto: mucho me impresionó la trágica muerte de Cánovas. Por lo demás, todo Plombières se conmovió, criados incluso. Yo ni siquiera suponía que él gozase de una popularidad europea a lo Gladstone o a lo Bismarck; era si no una

gran inteligencia, sí un gran carácter, lo que, en realidad, vale mucho más para gobernar. Pero como en España el carácter, sobre todo con el rasgo de *energía* que fué el de él, abunda, no era un hombre insustituible. Lo que hay de peor en todo esto es la posibilidad de que se ensarce en España un *cuerpo a cuerpo* entre los anarquistas y los jefes del Poder —lo que allí equivaldría a una larga serie de asesinatos y torturas—. Esta tragedia fué perfectamente española: Cánovas gritando «¡Viva España!», su mujer rompiendo el abanico en el rostro del asesino, son cosas sólo de aquella tierra ultrasublime.»

Y fué, en verdad, el magnífico carácter de esta tierra ultrasublime, el que permitió, cuando todo ya parecía perdido, que un ejército y un pueblo de héroes consiguiese, al término de luchas épicas —santificadas por el martirio de tantos— salvar a España y tal vez a todo el mundo cristiano de la terrible dominación de una anarquía catastrófica.